

SOBRE "LA OTRA VESTIDURA", NOVELA DE JAIME MARCHÁN*

por Nicola Bottiglieri,
Profesor de Literatura Hispanoamericana
de la Universidad "La Sapienza" de Roma

Quisiera comenzar esta reflexión sobre la novela de Jaime Marchán sirviéndome de una pregunta que el protagonista de la novela, Daniel Hernández, hace encontrándose frente a los cuadros pintados por la mujer que ama, Livia.

Dice el protagonista: "¿Cómo era posible que todo ese universo cupiera dentro de un solo ser y que éste tuviera, además, la capacidad de representarlo?". Asimismo, podríamos hacer una pregunta³ en voz alta frente a las páginas escritas por Jaime Marchán: ¿Cómo es posible que todo ese

universo diplomático cupiera dentro de una sola novela y que ésta tuviera, además, la capacidad de representarlo?

Un artista, parece decir Daniel Hernández, debe tener una profunda, dolorosa sensibilidad frente a las cosas de la vida, pero al mismo tiempo debe tener una gran pericia formal en la representación de lo que siente.

No decimos nada nuevo si afirmamos que una obra de arte es siempre el resultado de dos fuerzas contrarias. Nos referimos al contraste entre

* Texto de la intervención del Profesor Nicola Bottiglieri en el acto de presentación de la novela de Jaime Marchán, efectuado en el Instituto Italo Latinoamericano el 18 de junio de 1992

sensibilidad y lenguaje; a las ideas del autor y al medio utilizado para decantarlas; al esfuerzo de perfeccionar el medio expresivo hasta hacerlo capaz de expresar lo que siente; y a las ideas que sólo una forma concreta puede hacer vivir.

En suma, nos referimos al contraste entre vida y forma: la primera desordenada y efímera, la segunda rigurosa y duradera.

Este contraste que vive dentro de cada obra de arte se expresa, en la novela de Jaime Marchán, a través de una metáfora sorprendente: una embajada.

Una embajada puede ser el sitio donde se encuentran y chocan dos fuerzas antagónicas: la vida diaria y las formas protocolares, diplomáticas, a través de las cuales ésta se formaliza. Una embajada es un ambiente cerrado, semejante a un castillo, a una torre. Es un mundo ficticio, porque es un pedazo de un país que vive en otro país. Es una mentira verdadera, que sólo las leyes

internacionales hacen creíble. Es un castillo real con muros de papel. Una torre en un país extranjero, defendida con palabras.

Una novela -y éste es el mérito del trabajo de Jaime Marchán- puede ser comparada a una embajada. También una novela es un mundo de palabras. Y también ésta es una mentira que vive en un mundo real. Una novela es una mentira hecha realidad a través del lenguaje. Vive en un territorio extranjero, la vida diaria, y se hace creíble a través de las leyes de la forma y de la belleza.

En la novela, la vida diaria debe convertirse en trama, enlace, lenguaje, así como en una embajada las relaciones entre dos países -ya sean protagonizadas por una turista que viaja con droga en la maleta, o por la pérdida de una valija diplomática, o por la compra-venta de productos, etcétera- deben también convertirse en forma, lenguaje diplomático, protocolo. La novela y la embajada, ambas

pretenden dar una forma estética y legal a la vida.

La embajada descrita en esta novela es, entonces, una metáfora del arte. Una metáfora sorprendente, porque son pocas las embajadas que animan la literatura latinoamericana, mientras que son más numerosos los escritores o los poetas que han trabajado en las embajadas: basta pensar en Rubén Darío, cuyo espíritu oculto aletea en estas páginas; en Rómulo Gallegos; en Alejo Carpentier; y en muchos otros.

Entre un artista y un diplomático hay varios puntos en común: ambos tratan de dar una forma elegante, duradera, al flujo de vida que los circunda. Ambos utilizan el mismo medio expresivo, es decir la palabra, si bien el arte trata de dar una forma estética a la vida, mientras que la diplomacia se mantiene en las formas del lenguaje jurídico, que frecuentemente resulta sofocante. El autor, sabedor de eso, dedica en esta novela muchas páginas a los modales (100), a las condecoraciones

diplomáticas o a las reglas sobre cómo se presentan las cartas credenciales (105). Cuando estas formalidades no tienen ninguna finalidad, caen en el protocolo; cuando, en cambio, son capaces de capturar un pedazo de vida, se ponen al mismo nivel del lenguaje figurado. Y el frac de un embajador que tiene las solapas de la chaqueta adornadas con medallas y condecoraciones, se asemeja a las páginas de una novela escrita con un lenguaje lleno de figuras retóricas, metáforas o cosa parecida. Porque, ¿qué es una condecoración?, sino una figura retórica, un pedazo de vida que se concreta a través de la palabra.

Si la relación entre arte y vida es el primer punto de reflexión de nuestra novela, el segundo es el que se refiere al papel ocupado por las mujeres. En particular Vera, la flautista yugoslava, conviviente de Francisco Estévez, el diplomático-escritor y Livia, la pintora griega, de quien se enamora Daniel Hernández. Para comprender el papel de Livia es menester partir de otra

demanda que le formula Hernández: "Háblame de tu arte, de tu patria. Pon nombre a las cosas que veo" (121).

Dar un nombre a las cosas significa dar vida a las cosas, y es justo que sea una mujer la que desempeñe esta función. Podríamos decir que Livia es una guía que conduce al hombre en el mundo del arte. Y ella es una pintora, o sea la sacerdotisa de un arte que toca los sentidos, a través de los colores.

El arte, sin embargo, aunque es una experiencia edificante, conduce a la parte más oscura del hombre. Y el lado oscuro de esta novela/embajada está representando por Francisco Estévez, poeta-diplomático, cancelado del Servicio por falta de relaciones sociales, amistades importantes. Daniel entra en el mundo del arte a través de la guía de Livia, amiga de Vera, y ello le permite entender más a fondo la personalidad de Francisco, que muy pronto resulta incompatible con la rutina de una embajada.

El no conoce el lenguaje de la moda, tan cercano a la diplomacia (105), convive con una bailarina de café, utiliza las formas de la literatura en lugar del lenguaje protocolar, etcétera. Su única arma y defensa es la poesía, el lenguaje auténtico, la vida que va más allá de todo formalismo inútil, vivida en plena autenticidad. En suma, representa la vida verdadera, no filtrada por el formalismo. Es la mala conciencia de todos aquellos hombres que han subordinado su vida al respeto de las formas del protocolo.

La transformación, siempre más evidente, de Estevez, de diplomático en artista, es un real camino hacia la locura y el suicidio. La búsqueda de una forma estética para su novela, que será publicada póstumamente lo lleva a alejarse cada vez más de las convenciones de la sociedad, y es así como será cancelado del servicio. Finalmente, él, fuera de la embajada - y fuera de la vida- queda confinado en las páginas que ha escrito, es decir en el puro lenguaje de la

novela. Francisco, para poder escribir la mejor novela de su vida, tendrá que matarse, es decir deberá liberar la lengua de toda constrictión con el mundo sensible. Matándose se realiza, en manera que no le era permisible en la embajada.

Estos temerarios gestos de libertad -el suicidio seguido de la publicación de su novela- evidentemente no están permitidos en nuestra sociedad; es obvio, pues, que la censura se lance contra él. Su manuscrito podrá salvarse y con ello el sentido de la vida de Francisco.

Leyendo el inicio de la novela del diplomático- escritor, muerto suicida, que coincide con el inicio de la novela de Jaime Marchán, se nos ofrece una nueva llave de lectura. Los dos amigos protagonistas, Daniel y Francisco, no son otra cosa que dos caras de la misma medalla, dos maneras de vivir la vida que no logran conjugarse. La vida real no puede tolerar que un hombre pueda vivir dos vidas al mismo tiempo, la del escritor fuera de

reglas y la del diplomático atento a la Carrera. Ello es posible sólo en el arte, en una novela.

Francisco y Daniel son, en algún momento, personajes muy cercanos a los de la novela de Stevenson: Doctor Jekil y Mister Hide. Naturalmente un Mister Hide que se convierte en malo, no en un laboratorio científico, sino en los cuartos de una embajada. Cuando el científico y el monstruo se matan recíprocamente, ¿qué perdura en el tiempo? Solo la novela que contó la historia.

En suma, si en la vida real no es posible vivir dos vidas de una sola vez, semejante aventura sólo es permisible en las embajadas y en la literatura. En las embajadas está, protegida por la inmunidad diplomática; en la literatura, por la inmunidad artística. ambas gozan de una extraterritorialidad, construida a través de las de las palabras y de las normas: las normas de la novela y la normas del derecho internacional. A un embajador no le está permitido comportarse como un

artista, y a un artista no se le permite comportarse como un embajador. Porque, en el fondo, ¿qué son una novela y una embajada?, sino "ficciones" que se hacen crebles con

palabras. Y ¿qué son un embajador y un artista?, sino hombres que tratan de dar una forma a la vida.